

Al punto el vigilante corrió tras Polin y le detuvo por un brazo.

Polin quedó pálido, exangüe; parecía presa de un ataque de eclampsia.

—¡Suelta el robo, pillastrel!—le dijo el vigilante sacudiéndole por el brazo.

Pero Polin no obedeció. Temboloroso, marmóreo, se dejó registrar sin hacer resistencia.

No tenía la torta en su poder; sin duda, al verse perseguido, la había arrojado á lo oscuro.

—¡A contar las tortas del cesto!—dijo yo, resuelto á probar el delito—. No debe haber más que once, en vez de doce.

Se había reunido enorme grupo de curiosos.

Rosita nos miraba asustada y lloraba en silencio.

El vigilante levantó el paño, fué sacando las tortas del cesto y contó: una, dos, tres... ¡había trece!

—Se habrá equivocado la madre Sacramento y me habrá puesto una de más—dijo, gemebunda, Rosita—. Pero Polin no ha robado nada.

—Vete—dijo entonces el vigilante á Polin—. Y que no te vuelva á encontrar por estos sitios.

Todos nos separamos, y yo dudé, avergonzado y confuso. ¿Cómo explicar aquel misterio?

Pero de pronto, una luz pareció iluminar mi cerebro, y lo expliqué todo, tal como debió haber sucedido.

Polin no era malo, Polin era generoso, y atormentado al ver que Rosita tenía hambre y no podía resistir á la tentación de devorar una torta, había decidido socorrerla; pero careciendo de dinero, robaba todas las tardes una torta á la vieja egoísta y la llevaba al cesto de Rosita, para que la niña pudiera comer.

SOLILÓQUIOS

SOLILUQUIOS

El sacrificio

La viejecita hablaba con voz trémula y balbuciente; los nietos escuchaban con débil ansiedad; la luz mortecina del candil denegrido combinaba, con la lumbarada del llar, proyecciones sombrías sobre el grupo ingenuo.

—...Y habéis de saber, hijos míos—siguió la sibila inspirada—, que el hada azul le dijo al joven: «Porque fuiste en el pensar atinado, porque en la vida fuiste bueno, yo he de concederte un sublime don. Si fueses muerto por azar ó injusticia, resucitarás al tercero día.»

Y andando, andando, el joven llegó hasta la cueva de unos bandidos. El jefe de los malhechores ordenó que fuese apresado, y allí, en unión de otros cien infelices, fué guardado en una maloliente y oscura mazmorra.

Eran de ver las lágrimas y de oír los sollozos de los condenados á muerte. Todos temían que el alba llegase, pues con ella habría de llegar la aflicción y el quebranto. Nuestro héroe conservaba, empero, sereno el espíritu. Poco antes de que el gallo cantase el hexámetro virgiliano, se hizo llevar

á presencia del malhechor y le dijo con sublime entereza:

—¿Quieres sangre? Toma la mía; pero perdona á mis compañeros. Yo solo fui quien osó delatarte; sólo sobre mí debe recaer la sanción de tu justa venganza.

Y entonces el capitán de la banda le hizo matar y ordenó la libertad de los otros. Y mientras, enajenados de alegría se alejaron los que alcanzaron inesperada misericordia, el protegido del hada azul quedó traspasado en el campo por la daga del bandolero.

Pero el hada no faltó á su promesa. Tres días después, cuando ya los bandidos habían reanudado su marcha, resucitó y se encontró sano y bueno, como si no le hubiera ocurrido el menor accidente.

Y desde entonces, la memoria del joven se conserva y es reverenciada en aquellos lugares, porque supo ser grande y sacrificarse por los demás.

—¿Qué bonito?—dijeron los niños á coro, y palmotearon la peregrina fábula.

Uno solo quedó silencioso; por su frente pasó una sombra. Por fin, alzó la pequeña cabeza pensadora y preguntó á la anciana:

—Diga usted, abuelita, ¿ese muchacho tan generoso sabía que iba á resucitar al tercer día?

—Es claro—le contestó la abuela—. El hada azul se lo había dicho.

—Entonces—dijo el niño con noble franqueza—, ¿qué mérito tuvo al morir?

La historia no dice lo que la vieja pudo contestarle; lo que sí dice el comentarista es que si hubieran discurrido de esta manera todos los hombres, se hubiera ahorrado la humanidad muchos siglos de luto, de ignorancia, de persecución y de estupidez.

La Sulamita

Son muchos los niños que mueren; són muchas las cajas blancas que pasan cubiertas de flores; flores mustias, amarillentas, congeladas por el soplo del cierzo invernal.

Muy temprano, cuando el sol apenas ha rasgado las nieblas en la orilla del río, suben camino arriba los silenciosos y pesados cortejos. Allí va una esperanza frustrada, tal vez una gloria marchita.

Mañanas pálidas, traslucientes, en que todo lo que rodea es cristalino, en que parece despertar la tierra bajo una gigantesca cúpula de esmeril.

Allá arriba han llevado á una adolescente; han colocado el ataúd descubierto sobre una tarima taldrada por la carcoma y ha mostrado en su seno el rostro dormido, las manos cerúleas cruzadas, la cándida veste plegada como por un escultor sublime, sobre el inerte cuerpo virginal.

Ella, sin duda, esperaba otras transparentes auroras, en que la vida palpitaría sensual en los surcos y el amor se estremecería en las frondas al compás de suaves y tímidos aleteos.

Soñaría con amaneceres nupciales, como los del cantar de los cánticos, en que una voz amante y persuasiva habría de decirle: «¡Corre aprisa, amor mío, salta como tierno cervato; ven conmigo al bosque de los aromas!»

Y abriría para contestar su boca encendida como flor de granado, y mostraría sus dientes parejos y blancos como hato de trasquilados recentales.

Y una mano pondría en su cuello la gargantilla de oro taraceada de filigranas argénteas, y se erguiría, bella y gentil, versículo vivo de profeta,

fuente de los huertos, pozo de aguas vivas, los cabellos blondos y luengos como dorados renuevos de palmas.

Ahora dormía, dormía para siempre, como joya perdida en el peñascal. Tal vez por alguna iniquidad que llevó la miseria á su nido, como lleva á la selva su codicia el halcón.

Y ha vuelto al cortijo, camino adelante, bajo el dosel esmerilado, azotado por el frigidísimo cierzo, con el magno silencio de los abatimientos irremediables.

Y bajo el fanal de los cielos ha vibrado un son de campana, lento, ritual, como si acompañara un salmo, el eterno salmo del amor y la muerte.

II tenore

En el café, de la mesa cercana á la mía ha caído al suelo un fotograbado postal; en él estaba el célebre Titta. Me he apresurado á recoger la tarjeta y á entregarla á su dueño, un hombre de cara rasurada y cabellos grises, embutido en un viejo y raído gabán.

Me ha dispensado una sonrisa de gratitud. He querido corresponder á tan espontánea cortesía y he pronunciado con pasiva inconsciencia:

—¡Ah, el gran Titta! ¡Famoso cantante!

—*¡Cinque mille lire, signore!*—ha contestado el hombre del gabán en un lenguaje híbrido—. *¡Cinque mille peseta per cantare una sola sera!*

Luego ha apartado de su sien los rizos canosos y ha añadido con intensa melancolía:

—*¡Anch'io sono stato cantantel*

Le he mirado con atención. En sus ojos fulgu-

raba un extraño destello de vanidad suprema. ¿Por qué no habría de haber arrebatado también á los públicos aquel caduco y desmedrado bohemio, que todavía, al evocar sus triunfos, se erguía bajo sus harapos con olímpico y soberano desdén?

Le interrogué y contestó con verbosidad rápida y febril. Tenor; había sido tenor y había emitido sus fermatas en la Scala, y en Nápoles, y en Viena. Había sido Armando, y Fausto, y Almaviva; el público le había aclamado, y una vez el patilludo Francisco José le había llamado al palco imperial y había puesto en la solapa de su frac un botón sangriento.

Hablaba nervioso, inquieto, agitando su cabeza ornada de blanquecinas y largas melenas. Su obra predilecta era precisamente *Rigoletto*. ¡Oh, allí sí que había sido definitiva su victoria! ¡La hermosa ópera, llena de pasión y ternura!

—*Es «Le roi s'amuse», signore*—me dijo—. *Il Duca es Francesco premiere y Monterone es Ram-bouillet*

Después había surgido el contratiempo, la imprevista é irremediable catástrofe. Una corriente de aire había bastado á destruir su gloria y el público le había dicho, como en Nasón: *Displícet natus tua*. ¡Ah, la hermosa voz perdida para siempre! Pero su corazón era el mismo. Y mientras una lágrima titilaba entre sus pestañas, se golpeaba el pecho el veterano atribulado con increíble y valerosa firmeza.

Yo le miré con la compasión, mejor diré, con el hondo respeto con que contemplamos siempre las grandezas caídas.

Lanzó un suspiro, se puso en pie y me tendió la mano. Bajo sus andrajos hacia una deplorable figura. Sin embargo, afirmó sobre la sien su som-

brero flexible y salió erguido, marcial, tarareando el viejo motivo de la inconstancia femenina, como pudiera hacerlo al ir á cruzar el puente de Minzio, henchido de frivolidad y apostura, el auténtico duque de Mantua.

La tromba

Hubo un tiempo en que la riqueza no desdeñó ambular entre siervos. Después de pagar seis mil sestercios por un ruiñeñor, se hacía Agripina conducir en carruaje á las termas; pero la marcha del carro era pausada y el esclavo mismo encargado de limpiar su triclinio podía deleitarse mirando al pasar los brazos desnudos de la matrona y acaso experimentar el secreto consuelo de sorprender en sus ojos hastiados una lágrima.

La dama castellana, al subir á su hacanea, no desdeñó apoyar el pié perfumado sobre la rodilla del halconero y dejar en ella su contacto sensual, y el rudo conductor de litera saboreó el placer morboso de adivinar, entre revuelos de blondas, tesoros reservados á reyes. El mismo verdugo olvidó su oficio denigrante más de una vez, fijando su mirada brutal en las morbideces nacarinas de las marquesas de Trianón.

Ahora la opulencia es un arcano raudó y secreto que surge entre polvo, ruge y pasa. Alguna vez el automóvil deja en la retina asombrada la vaga silueta de una mujer; pero no es la gentil cortesana de Juvenal, sonriente bajo palios de rosas, ni el perfil marfileño y austero de la canonesa que, reclinada en su silla de manos, aproxima su rostro al vidrio para mirar la puerta del santuario y hacer

ante él la señal de la cruz. Es algo informe, desdibujado, que sólo por sugestión puede despertar en nuestro sensorio la imagen femenina y hacer vibrar en nuestra médula el hormigueo perdurable que el genio de la especie nos comunica en magnética vibración al sacudir el polen dorado de sus alas.

Envuelta en una tromba insensata ha pasado junto á nosotros una mujer. ¿Cómo es? ¿Qué huellas ha dejado en su rostro el sufrimiento ó la molicie? No hemos visto sino amplias telas y velos flotantes. Y quedamos pensativos y tristes, sintiéndonos más pobres y humillados que nunca, puesto que ni siquiera nos es permitido rendir el tributo de nuestra admiración á la belleza privilegiada que, viviendo en un mundo aparte, lo hace para nosotros todo al vuelo, incluso el caminar, como la niña de la dolera.

Hay algo de egoísmo turco feroz en esa vertiginosa huída, que oculta á la mujer fastuosa de las miradas de la plebe. El indio, mal vestido de harapos, dilata sus pupilas ante la pierna redondeada de la mujer del opulento europeo que cabalga á lomos del elefante, y se da por satisfecho de su servidumbre. El árabe mismo puede imaginar, bajo las amplias túnicas, el seno turgente de las mujeres del sultán. En los pueblos civilizados la belleza nos huye; cada vez la fastuosidad es al pobre menos asequible. Se guarda en palacios, á cuyos balcones nadie se asoma; se congrega en fiestas, cuyo acceso es negado; pasa en máquinas turbulentas con la vertiginosa marcha del aerolito.

Y sin embargo, ¡cuántas mujeres, arrebatadas en el moderno vértigo, mirarán con desprecio en la carretera al peatón humilde, sin pensar que, por una burla de la suerte, se han podido invertir los términos, y que, dejando envuelto en polvo, allá

lejos, al caballero, llevan erguido y orgulloso á su lado al patán!

La prueba plena

Un niño ha dado involuntariamente muerte á otro, vaciándole un ojo con un trozo de astilla. Puesto en salvo el matador imprudente, ha sentido remordimiento y ha confesado el delito á su padre. No ha vacilado el digno progenitor: ha cogido á su hijo más amado del brazo y le ha conducido al juzgado de guardia.

No faltará quien diga que este hecho recuerda la bárbara virtud espartana. El olvido de los vínculos de la sangre en aras del derecho abstracto colectivo, repugna á la Naturaleza. La madre austera de Pausanias horroriza con su brutal civismo. El hijo es hijo antes que todo; cuando alumbró la primer madre, no se había dictado la primera ley.

Entiendo que se equivoca quien así juzga. La madre feroz de Pausanias quiso castigar á su hijo culpable; el padre del niño homicida por azar fortuito, quiere que se exculpe á su hijo inocente. Convencido de su inculpabilidad y lleno de fe en la justicia humana, no ha esperado á que se formulase denuncia alguna; él mismo ha acudido á los jueces con las lágrimas en los ojos, pero con la conciencia serena, á pedir que lo ocurrido se ponga en claro y que recaiga una sentencia definitiva que devuelva á su vástago la consideración y el honor.

Si el niño hubiera sido verdaderamente culpable ó torpe su progenitor, la voz de la paternidad egoísta se hubiera sobrepuesto tal vez á todo sen-

timiento jurídico. Lejos de llevar á su hijo al juzgado, el padre, acongojado, hubiera callado y disimulado la culpa. Caso de presentarse una denuncia, hubiera tachado al denunciante de calumniador, hubiera pedido que se le encarcelase y arrojado sobre él los más denigrantes epítetos; habría persuadido á testigos, ocultado pruebas, instado recursos, pedido treguas. Pero está convencido de que no hay culpa, y así ha acudido al tribunal para que la inocencia quede probada en plena luz. He aquí la conducta del ciudadano austero y prudente.

Supongamos que, aun no existiendo culpa, hubiera dado el padre lugar á que la denuncia se presentase y buscado recursos para dilatar el proceso. ¿No hubiera sido esto torpeza insigne? La voz popular hubiera dicho, engañada por las apariencias, que no es la inocencia la que acude al amaño, sino la torpe y segura malicia, que no teme la controversia quien ha la razón, ni la denuncia quien es inocente; aun absuelto muy justamente el acusado, le hubiera seguido por doquier la sospecha, cien veces peor que la pena, puesto que ni se acaba ni prescribe.

Tal es la realidad, y á ella hay que someterse. No basta ser bueno: hay que probarlo; no es suficiente estar limpio de culpa: es menester que no quepa de ello la menor duda y someterse al ajeno juicio y examen. Quedar absuelto no es bastante, ni aun estar seguro de la propia honradez; es preciso que se haga airosamente y que á la virtud acompañe la gallardía, sobre todo en esta tierra de fuego, en que aun se elogia á José María y al Tempranillo porque no ocultaron sus fechorías, y se despreció á los inocentes hermanos Marinas porque al morir pidieron, sin motivo, perdón.

Gallardía para el delito y la inocencia para la pena ó la absolución: eso es lo que á todos pedimos, en honor á una raza cuyos héroes son santos y bandidos, homicidas ó libertadores; pero siempre hidalgos arrogantes que dan á la adversidad ó á la muerte la cara. Así se aplaude siempre al padre que lleva á su hijo del brazo al tribunal y le dice, mientras anda el camino, con voz entera: «Sé que eres inocente; pero exijo que lo sepas decir. Antes que inocente ó culpable, quiero que seas todo un hombre: si no ¿para qué te engendré?»

Cosas de yanquis

Ni el hombre vence al toro á cornadas, ni al tigre á zarpazos, ni al lobo á mordiscos. Pero el hombre ha inventado el yugo, la jaula y el cepo; ha uncido al rumiante, ha enjaulado al felino y ha hecho huir al verdugo de los rebaños á las cumbres de la serranía. Para adueñarse del planeta no debió el primer racional trabarse á dentelladas con el plectosaurio, sino fortificarse merced á la palanca y hacerse con la hoguera un inaccesible recinto. No paró el rayo con el puño, sino con la aguja de Franklin; no horadó las montañas á tope-tazos, sino con el auxilio de la química; no venció á la gacela á saltos, sino discrecionando el vapor. Al cabo de los siglos aun perdura la violencia; pero tiene para subsistir que cubrirse con el manto de la racionalidad.

¿Qué hay que hacer, pues, cuando la razón es atropellada? Mostrar claramente la sinrazón. Problema que se demuestra en la pizarra es arma invencible. El que desasna á un necio hace más por

la redención de los hombres que el que alista un millón de soldados. En el anteojo de Galileo han muerto más dioses que en la *Iliada*. La semilla de Parmentier ha emancipado muchos más siervos que el puñal de Catón y los fieros arrestos de Espartaco.

No lo entiende así todavía el vulgo que se llama ilustrado, ni fuera bien que lo entendiera. Para la mayoría de las gentes, cuando Frollo pronunció su frase inmortal: «Esto matará á aquéllas», lo que tenía entre las manos no era un libro, sino un cartucho de melinita. Cuando en Francia se dijo: «Hemos sido vencidos por los maestros de escuela alemanes», fué porque todos los pedagogos de Jena, de Léipzig y Berlín acudieron con sendos arcabuces y estacas á sitiar á Sedán.

Semejante manera de discurrir explica la iracundia de los anglosajones de América por el triunfo de Jhonson. Ellos quisieron demostrar la superioridad de la raza blanca sobre la negra, y pudiendo para ello enseñar al mundo su constitución, sus máquinas, sus libros y sus adelantos, no se les ocurrió expediente mejor que buscar á un boxeador y engrescarle con el negro Jhonson á puñetazos. Naturalmente, venció el gorila. Y ahora andan indignados los yanquis matando negros á centenares y jurando que no han de acabar hasta demostrar que son una especie de *Cataclismos*, y que nadie les gana á asadura, lo cual es lo mismo que decir que ha comenzado su decadencia.

Jamás un pueblo ha sido vencido cuando ha tenido que cumplir una misión providencial en la Historia. Nunca ha sido arrollada una muchedumbre sino por otra muchedumbre más culta, más noble y más humana. Si fuere posible invertir la Historia, nos sonrojaría el triunfo de Darío sobre

Alejandro, que hubiera extinguido en su aurora el sol de la Grecia; nos avergonzaría la victoria cartaginesa sobre el pueblo latino, que hubiera aniquilado en su fuente el Derecho. Y aun cuando nos doliera algún tanto, nos parecería monstruoso el triunfo de la España inquisitorial sobre todos los pueblos libres á quienes comenzó á emancipar la Reforma y ha seguido magnificando, con su incontrastable fuerza, el Progreso.

Así, la protesta, antes que una vana amenaza, debe ser un ferviente vaticinio. Vencerá la razón. ¿Cómo? Seguramente por leyes físicas. Pero las leyes físicas no son sino leyes dinámicas, y éstas —ya lo saben los investigadores—son postulados de razón y equilibrio. Justicia que se formula en el encerado ó se comprueba en el laboratorio, tiene su porvenir seguro y lleva aparejada la vergüenza y el deshonor de sus detractores. Reparación que acude á las armas primitivas, es la cólera de Jeffries, destinada á besar la arena del palenque, con el cráneo aplastado y el esternón hendido por el puño implacable de un bruto irracional.

Lluvia de Mayo

Se ha cernido la nube sobre los trigales amarillentos, prematuramente agostados por la sequía. Las bandadas de golondrinas han pasado asaetando el aire húmedo y tibio, y se han refugiado, aturridas, en el carrascal.

Una ráfaga impregnada en acres perfumes sensuales ha agitado los tallos sedientos, y un olor penetrante á tierra madre ha hecho estremecerse

los nidos, como cálido vaho vivificante de primavera en celo.

Se ha sentido algo como un trémolo en el seno de la nube sombría, y luego un rumor de tecleo sobre los hidrópicos surcos. La lluvia ha comenzado á caer, primero destilada en gotas enormes, absorbidas con ansia por la costra agrietada y sedienta del sembradío; luego, en hilillos tenues, cristalinos, refrigerantes, compactos, como cortina de esmeril.

Allá en el caserío terroso, agrupado en orfandad perdurable, sobre las techumbres hendidas ó mal cubiertas de rastros, en la tablazón de las puertas desvencijadas, sobre los vidrios renegridos del llar, ha debido sonar la lluvia con ritmo alborotado y jocundo; y á su llamamiento, las frentes abatidas se habrán erguido como para escuchar las estrofas de un psalmo profético.

Y el agua, mansa, silenciosa, ha seguido cayendo, fría como una caricia de náyade, bienhechora, vivificante, hasta esponjar albardillas y alcorques y penetrar en las escondidas raíces; y se ha deslizado transparente y limpia junto á los tallos, erguidos y remozados por la linfa, precursora de renovación.

Vosotros, seres de aguda percepción exquisita, que medís la nota y combináis el acorde, aun no conocéis la suprema armonía si no habéis escuchado la sinfonía plácida y mansa de las cosas humildes y serenas; la voz de la lluvia que nos dice de promesas y ensueños; el soplo de la brisa sobre el terruño, que nos predice el allegar en trojes; el lejano sonido de la esquila, que nos trae la nostalgia de las magnas exquisiteces geórgicas; todo el rumor solemne de la Naturaleza austera, inmortal.

Pero nunca es la sensación tan intensa como cuando cae tenaz y confortada la lluvia. En las viejas ciudades se desliza por las callejuelas angostas con rumor melancólico, se desborda en las gárgolas de los viejos ábsides con gárrula iracundia, ó se desliza por los muros ciclópeos ó por las impostas románicas como un llanto inconsolable y pausado. Pero en el campo la lluvia es alegría, es buena nueva y resurrección. Su caricia helada no produce el espasmo de la inmersión en la fuente ubérrima de Juvencio, y nos sentimos confortados, plenos de vigor y de idealidad, como si ella nos hubiera quitado la odiosa huella del contacto con las cosas marchitas, maculadas y ruines.

Bien venida la lluvia á los campos. Ella trae la esperanza al hogar campesino, el consuelo á la tribulación solitaria. Ella nos recuerda que es bueno sumergir nuestro espíritu y nuestro cuerpo en aguas transparentes y limpias, y bañarnos en aromas montaraces, bravios, y en ráfagas purificadoras, y en ambiente, y en luz...

Redentoras

En la orquesta de uno de los principales teatros de Madrid hay tres señoritas; dos tocan el violín, una el arpa. El escándalo ha llegado á su límite en ciertos espectadores pudibundos; casi todos coinciden en un definitivo é inapelable fallo: el hecho es ridículo, soberanamente ridículo, frase que, sin duda, han copiado de *Les rois dans l'exil*, de Daudet.

Los argumentos que se oyen en el pasillo de butacas son definitivos. Bueno que la mujer salga

desnuda al escenario, dé volteretas en los circos, arrastre la sirga en los ríos, cargue cestos de mineral en los pozos y detenga á los transeuntes en las esquinas de las plazuelas. Pero ¡tocar el violín! Eso pugna con la biología.

Lo más triste es que son las mujeres las primeras en censurar á las simpáticas muchachas que han conseguido, por el estudio, librarse de caer en la servidumbre ó la prostitución. Para ellas, la misión de la mujer es enamorar—y ya lo ha dicho Spencer—; nadie se enamora de una mujer porque sepa alemán ó italiano. ¿Cómo ha de apasionarse viéndola arrancar de un instrumento, más ó menos panzudo, sincopas, mordentes y semifusas?

Para los detractores del feminismo, el director de orquesta debió hablar á las violinistas, cuando se presentaron á pedirle trabajo, en estos ó parecidos términos: «Señoritas: es cierto que tocan ustedes prodigiosamente; pero es menester que sepan que M. Peacock ha observado que el peso del cerebro masculino, con relación al femenino, es de 50 á 44; que Hoffman ha demostrado que los cerebros de las mujeres pesan dos onzas menos, y Lauret que su diámetro cerebral es exiguo. Así, pueden ustedes dedicarse á triples sicalípticas, para lo cual maldito si se necesita talento.»

—Señor mío—hubieran contestado las lindas artistas humilladas—. ¿Qué culpa tenemos nosotras de tocar el violín mejor que aquel señor que tiene la cabeza más grande que la bola de un puente? Eso de que el pensar perjudica á la generación, aun cuando fuera otra cosa que una tontería, sería aplicable también á los hombres, porque no son las mujeres solas las que perpetúan la especie. Usted vea si servimos ó no como profesoras de orquesta,